

Disgregación e integración

Hoy el tema es la refinanciación de la deuda y la devaluación del bolívar. La preocupación de la gente de recursos es cómo obtener dólares preferenciales y crédito en buenas condiciones; la del pueblo, cómo conservar el trabajo; la de los jóvenes, cómo encontrarlo. Estos temas y preocupaciones se encuadran en un horizonte muy preciso y nuevo: la disminución no coyuntural sino estable y relativamente creciente de la renta petrolera.

La abundancia petrolera posibilitó entre nosotros la modernización sin sobre-explotación, la movilidad social sin aumento proporcional de productividad, la industrialización sin burguesía nacional ni pura y simple transnacionalización, la democracia sin poder popular. Sin esta abundancia (que permitía la coexistencia relativamente pacífica de elementos mutuamente excluyentes en situaciones normales) la lucha por la vida se implanta en toda su crudeza, y, dejada a su propia lógica, llevará al aplastamiento de las mayorías por los que detentan el poder económico o político.

Hoy en Venezuela la situación es difícil para casi todos; pero a cada grupo social afecta de un modo diverso: A bastantes empresarios les entraba el funcionamiento de sus empresas, a muchos profesionales les tocó en su cuota de bienestar, a las mayorías les recorta los medios elementales de subsistencia. Por eso es importante encauzar adecuadamente la crisis. Y eso es lo que no está ocurriendo.

Lo que está ocurriendo es que unos cuantos están haciendo negocios fabulosos. La crisis para ellos es una ocasión única para pescar a río revuelto. En buena medida ellos provocaron la crisis y ahora la están aprovechando. Según la lógica del sistema simplemente tratan de maximizar las ganancias. Pero para los que algo significa la vida de las mayorías son unos criminales y para los que algo significa la patria son unos traidores. Y sin embargo aún tienen el cinismo de invocarla y hasta se dicen preocupados por la suerte del pueblo. El partido del gobierno ha declarado en las cámaras que no ve la conveniencia de que se publiquen sus nombres. Son sus encubridores.

Lo que está sucediendo es que el gobierno intenta salir de la crisis sólo a base de habilidad: frente a los banqueros acreedores saca a un banquero a negociar, en el supuesto de que, estando al tanto de los secretos del oficio, sabrá sacar todo el partido posible. Además sabrá infundir confianza a sus colegas de fuera y dentro. En ningún momento parece consciente de que estamos en una situación nueva que requiere nuevos planteamientos. Su lema es dar la impresión de que aquí no pasa nada, recortar lo que menos dolientes tenga, negociar con habilidad y esperar al 2 de febrero para pasarle el muerto al que venga. Eso a pesar de las declaraciones sobre la economía de guerra.

Lo que está sucediendo es que, a falta de esos nuevos planteamientos y reglas de juego, la sociedad marcha a pasos agigantados hacia la corporativización. Como ser ciudadano cada vez significa menos, la gente (la que tiene algún tipo de cualificación o poder) se asocia en organizaciones cerradas con el fin de defender su status quo. El bien común y la condición de venezolano no definen operativamente a estas personas ni a sus objetivos. Ellos son de tal grupo integrado o de Consecomericio, de la Federación de Ganaderos o del Colegio de Médicos, de la Federación de... El corporativismo sólo conoce los intereses del grupo y por defenderlos recurre a cualquier medio o se alía con el diablo (con la política de Reagan, con el FMI o con los militares: otra corporación). El asunto es obtener para el grupo un trato que le dé ventaja sobre otros, un trato preferencial. La sociedad corporativa es el reino del privilegio. Se sustituye la emulación y la competitividad por la presión. Y así la sociedad se disgrega. Es lo que está pasando.

Un común denominador de estos grandes que especulan con la vida del país, del gobierno-avestruz que les hace el juego y de estos elementos que se corporativizan para presionar es la negativa a preguntarse cómo se ha llegado hasta aquí y qué mecanismos arbitrar para que la situación se corrija sustancialmente. Para ellos pareciera que la única variable es la del ingreso petrolero y a ella se responde. Todo lo demás (sobre todo lo que les toca a ellos) debe permanecer constante. En esta lógica parecieran estar (además del gobierno, Fedecámaras y los gremios profesionales) los tres grandes partidos y en buena medida los sindicatos.

Ante esta situación prevalente la presión inexorable del FMI puede resultar provechosa. Sería (en términos freudianos) el principio de realidad frente al principio del placer. Las medidas del FMI implican una reestructuración. Obligan a encararla. O la que va en la línea del Fondo o una reestructuración alternativa. En todo caso una reestructuración. Sentimos que gran parte de la tremenda renuencia del país no va dirigida contra el aspecto descaradamente monetarista de estas medidas sino contra su aspecto más sano: es decir que son medidas, que implican un severo autocontrol, un esfuerzo tenaz de racionalización, de capacitación, de incremento de la productividad.

CRISIS POLITICA

Estando así las cosas, creemos que la crisis económica es aún manejable: la renta petrolera es todavía

cuantiosa y (aun con la distorsión estructural y la dilapidación de recursos) poseemos un aparato productivo (recursos humanos, naturales y de capital) bastante desarrollado. En el aspecto económico estamos aún en condiciones de manejar la crisis y no es objetiva ni patriótica una actitud catastrofista.

La crisis es profunda a nivel moral. A ello se han referido profusamente nuestros obispos y muchas personas de posiciones y oficios distintos, y por nuestra parte también lo apuntamos en SIC en pasados editoriales.

La crisis es más grave a nivel político. Presuponiendo una reacción moral por parte de muchas mujeres y varones, de jóvenes y personas adultas, a la larga sólo a través del Estado podrá canalizarse el proceso de integración en nuestro país (entre otras razones porque él es el dueño de la renta petrolera). Pero actualmente el Estado venezolano es una de las instituciones en que más ha hecho presa la disgregación corporativa. La siguiente confesión del Ministro de Sanidad puede ser una muestra aplicable también a la educación, a la CANTV, IPOSTEL, y a tantas otras dependencias: "La salud está dominada por reyezuelos que obstaculizan el Servicio Nacional de Salud". "Los créditos adicionales no solventarán nada si no se corrige la estructura asistencial". Y no se corrige por la oposición del Colegio de Médicos y del Sindicato de empleados. El poder judicial sería tal vez el caso extremo. Es voz común que en nuestro país no se administra justicia. Y sin embargo si, como en el reciente caso del juez Pantoja, alguien critica sus desalentadoras sentencias, hablan de la sagrada majestad lesionada como si fuesen vestales. ¿Y dónde radica el origen de la perversión? En los partidos políticos que, casi integralmente corporativizados, buscan controlarlo todo y sólo secundariamente que lo controlado funcione. Así pasa desde las asociaciones de vecinos al BTV, de los concejos municipales hasta los ascensos de oficiales de la FF.AA. "Uno para mí, otro para ti" decía recientemente la mancheta de un periódico (El Nacional, 9-5-83) a propósito de unos altos nombramientos. Como en plena Edad Media, el Estado se desahgra en una red infinita de feudos. En estas condiciones el gobierno no tiene más remedio que pactar con los señores feudales. Pero como la única manera de recompensar a los suyos es otorgándoles beneficios, no tiene más remedio, si quiere conservar lealtades, que crear nuevos puestos, que no son propiamente de servicio público sino como pago por los servicios prestados.

Mientras había dinero para todos, el sistema (aun con esa sobresaturación) más o menos funcionaba. Pero al escasear, el corporativismo cobra toda su virulencia: los gremios no se preocupan ni de tejer más cobija ni de conservarla; tan sólo halan con todas sus fuerzas buscando cubrirse, aun sabiendo que otros quedarán a la intemperie. Estamos en plena ola de presiones. Si seguimos la historia del juicio de Salomón el niño-Venezuela no parece tener hoy muchas madres. Por lo que toca a los partidos y al gobierno nace lo que llaman sectarismo: sólo para los del partido; y cuando ni así alcanza viene el fraccionalismo.

El corporativismo es un cáncer social; si triunfa, el país se disgrega. Pero si el Estado, que es el órgano de la integración nacional también se corporativiza, y el gobierno, que es el piloto de esa nave, se vuelve también un feudo ¿qué salida le queda al país? La crisis económica ha sorprendido a los partidos políticos tan cogollizados y ajenos al sentir popular que ahí radica el obstáculo mayor para capear la crisis. Más aún, ésa es hoy nuestra crisis, que la crisis económica ha puesto al descubierto.

UNA SALIDA POLITICA

El gobierno todavía tiene hoy recursos en Venezuela para impulsar un proyecto nacional que ponga freno a la corporativización que anida en las organizaciones empresariales, profesionales y gremiales, e incluso tiene capacidad para sanear la corporativización en que están sumidos los partidos. Pero para eso el gobierno tiene que estar consciente de esa capacidad y tiene que tener voluntad de ejercerla (incluso este gobierno tiene no sólo la posibilidad sino la obligación de recuperar esa voluntad que esgrimió como slogan). El gobierno tiene que gobernar. No puede arrojar la toalla. Es menos malo un mal gobierno que el vacío de poder. Pero para ello no puede contar únicamente con lealtades partidistas feudalizadas atentas sobre todo al botín. Para esta empresa debe apoyarse en ciudadanos reconocidos por su capacidad y honradez y en organizaciones no corporativizadas: organizaciones abiertas y creativas, basadas en la auto-exigencia y los servicios de sus miembros, no ante todo un gang para presionar sino para producir con el esfuerzo propio algún tipo de bien o de mejora. Más aún, los mismos partidos, si quieren continuar en nuestro país como opción sólida y duradera, deben renacer como expresión política de esas organizaciones. Organizaciones de profesionales, de vecinos, de cultura, pero sobre todo organizaciones del pueblo. No estamos proponiendo, es obvio, un gobierno de "concentración nacional" pues eso significaría la culminación del proceso de cogollización que hemos denunciado. Proponemos por el contrario nacionalizar el gobierno para nacionalizar el Estado. No es un proceso súbito, pero hay que emprenderlo ya.

¿No es posible mientras tanto que en esta campaña los partidos dejen a un lado sus remoquetes ridículos y su ombliguismo suicida y se decidan a aprobar un plan conjunto y a largo plazo, un plan verdaderamente nacional, que reparta equilibradamente las cargas, las tareas y los sacrificios?